

DISERTACION DEL ACADEMICO LICENCIADO PEDRO TRONCOSO SANCHEZ EN EL ACTO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA EL 12 DE JULIO DE 1974 CON MOTIVO DEL 50º ANIVERSARIO DE LA REINSTALACION DEL GOBIERNO NACIONAL. (\*)

Hoy cumple cincuenta años la Tercera República. Es hoy una fecha de conmemoración de alcance nacional. Esa conmemoración no podía limitarse al ámbito de esta Academia. Tenía que expandirse a todos los rincones de la República.

Hoy debemos recordar un gran día: el día en que vimos de nuevo izarse en nuestras torres la bandera nacional, después de ocho años de eclipse. Yo tuve la fortuna de presenciarlo en el Castillo de la Fuerza de esta ciudad, acompañado de mi novia, aquí presente y que todavía es mi novia. Ese día, que yo hubiera querido captar como un pintor, que hubiera querido captar en un lienzo, con toda su emoción y con toda su grandiosidad; ese día tuve yo una idea perfecta de lo que fue la alegría del amanecer del 28 de febrero de 1844, y la alegría del amanecer también de otro 12 de julio, del 12 de julio de 1865, cuando en el Homenaje apareció la bandera, el pabellón cruzado, en lugar de la bandera roja y gualda. Ese día supe yo lo que quiso expresar José María Serra en sus "Apuntes para la Historia de los Trinitarios" cuando habló de la alegría indescriptible que reinó en el pueblo de Santo Domingo cuando se dió cuenta de que terminaba la pesadilla de la larga servidumbre. Esa vivencia me ha permitido presentar el hecho como algo visto por mí, al referirme a él en una obra en preparación.

Hoy es un día en que tenemos que recordar a muchos patriotas, patriota militares y patriotas civiles. Tenemos que rendir el homenaje de nuestro recuerdo reverente a aquellos que se hicieron matar en un combate desigual en 1916. Entre todos estos próceres dignos de recordación y de mención, tenemos que recordar a tres: en primer lugar, al que hemos llamado, incluso oficialmente, el Prócer de la Tercera República: Francisco José Peynado. Y también a dos presidentes, a los últimos dos presidentes de la Segunda República: Juan Isidro Jimenes Pereyra y Francisco Henríquez y Carvajal, que se portaron como verdaderos patriotas en la ocasión luctuosa de aquel año, con una conciencia de patria y con una moral cívica de nuevo cuño, porque la verdad es que en tiempos anteriores hubo muchas vacilaciones, muchos vaivenes, muchos titubeos, muchas flaquezas, a lo largo de nuestra historia republicana.

---

(\*) Grabación de la RTVD  
Transcripción de Lisette Nova.



He dicho Tercera República, la Tercera República, y lo digo con toda intención. Ese día 12 de julio de 1924 comenzó una Tercera República. Creo que está justificado; ustedes me dirán que la república es una: la que nació el 27 de febrero de 1844. Sí, eso es verdad en un sentido: la República es una; esta República que ha llevado una vida tan dramática y tan movida; pero en otro sentido más preciso debemos distinguir una Primera República, una Segunda República y una Tercera República.

¿Por qué? Porque en nuestra accidentada vida republicana hemos tenido dos momentos en que se ha interrumpido institucionalmente la República.

Fueron dos momentos de solución de continuidad, dos hiatos, en la vida de la República: de 1861 a 1863 y de 1916 a 1924. De hecho, o de jure, como pudiera afirmarse respecto de la primera interrupción, dejó de haber un gobierno dominicano, formado por dominicanos, para estar constituido por extranjeros que se subrogaron en la soberanía dominicana. En 1965 hubo un desembarco de tropas extranjeras pero en ningún momento dejó de haber gobierno dominicano.

De modo que existiendo esos dos hiatos en nuestra vida republicana es forzoso denominar de alguna manera los tres períodos divididos por esos dos hiatos. ¿Cómo denominarlos? Yo no encuentro mejor expresión que llamarlos así: una Primera República, una Segunda República y una Tercera República.

En Francia hay más; en la accidentada vida republicana de Francia en que se han intercalado regímenes monárquicos e invasiones extranjeras, ya van por cinco repúblicas. Nosotros hasta ahora por tres, y quiera Dios que esta tercera sea eterna.

Si pudiera hacerse una comparación entre estos tres períodos, entre estas tres repúblicas, se vería que cada una tiene sus características, que cada una tuvo su propia evolución. La evolución de la primera es muy interesante. Duró 17 años, del 44 al 61. Voy a hablar brevemente de sus características. Esta Primera República de 17 años vivió en medio de un estado de guerra, en un estado de guerra con el país vecino, el antiguo dominador, con las consecuencias naturales a todo estado de guerra.

En 1844 la República Dominicana advino, no solamente teniendo que enfrentarse al peligro exterior que amenazaba con arruinar nuestro Estado naciente, sino que tuvo que enfrentar dos ideales, dos ideales políticos: el uno que pudiera llamarse independentista radical y democrático, inspirado y sustentado por Duarte, y el otro sostenido por quienes no tenían fe en la



viabilidad de la República y se inclinaban a una condición de protectorado, y cuya orientación era más bien dictatorialista.

Esos dos modos de concebir el mejor bien para este país nacieron mezclados, pero en el curso del año 44, después del 27 de febrero, se fue definiendo una pugna interna que hizo crisis y determinó una división entre los dos campos el 9 de junio del 44. Ese día los trinitarios, dirigidos por Duarte, se erigieron en gobierno para sustentar el ideal que sostenían desde el 16 de julio del 38, el ideal de independencia pura, y también el principio democrático.

Esta posición con respecto a la política que debía llevarse en este país se enfrentó a la otra, a la que no creía como solución eficaz, positiva y efectiva al problema de este país, sino en la protección, en el protectorado de una gran potencia, fuera España, Francia o Inglaterra. . .

Esa división con que, podemos decir, nació la República no perduró, y yo a este respecto pienso que ojalá hubiera perdurado un panorama político dominicano doctrinariamente dividido. Hubiéramos tenido un sector o un partido liberal frente a un sector o partido conservador, y nuestro debate no se hubiera reducido a solamente cuestión de personalismo o de caudillismo personalista. Hubiéramos llevado nuestra vida republicana en un plano más alto, un poco más alto, en un plano doctrinario. Pero ¿qué sucedió? Que cuando vino la reacción contra el gobierno de los trinitarios, el partido de Duarte no sobrevivió. ¿Por qué? Porque fue destruido. Si quedó algo fue en estado de latencia, sin fuerza operativa.

De modo que desde entonces, vamos a decir que desde julio —y otra vez el 12 de julio— desde el 12 de julio de 1844 predominó uno sólo de esos dos sectores, el de Bobadilla y Santana y sus correligionarios. Ahí se cierra una primera etapa y se inaugura otra que podríamos llamar de unidad dictatorial: Santana solo como árbitro de la República. Vino la Constitución, hubo leyes magníficas y no se fraguó el protectorado. Quedó Pedro Santana, que había salvado la independencia de la República en el campo de batalla, como presidente. Vino el año 48, el 49; a Santana le sucedió Manuel Jimenes, que no constituyó nunca realmente una fuerza política frente a Santana. Su gobierno fue efímero.

Vino la segunda invasión de los haitianos, y vino luego el gobierno, el primer gobierno, en el 49, de Buenaventura Báez, pero Buenaventura Báez el santanista, Buenaventura Báez el que gobernó de una manera juiciosa, el que llevó la guerra ofensiva por única vez en la vida de este país; el que inició las obras públicas, el que promovió la formación de las potencias



mediadoras: Francia, Inglaterra, Estados Unidos, que fue un factor importantísimo de contención contra el designio del antiguo opresor. Ese gobierno duró hasta 1853 y terminó buenamente, pero un poco paradójicamente aquella armonía cesó al terminar ese primer período de Báez, de los cinco que tuvo.

Entonces vino la división, pero ¿cuál división? Ya no fue entre liberales y conservadores, sino entre dos caudillos que no tenían el uno frente al otro doctrinas diferentes; tenían la misma doctrina los dos. De este modo toda la pugna se limitó a mero pugilato personalista. Ese antecedente de 1853 lo estuvimos arrastrando hasta tiempo muy recientes; yo diría que hasta 1961. El 1961 se enlaza con el 1844 en el sentido de que a este país volvieron, constituídas en fuerzas políticas, posiciones de principios, posiciones ideológicas. Entre 1853 y 1961 aquí no hubo más que pugnas caudillescas y personalistas, lo cual ha retrasado mucho nuestra educación ciudadana.

En la Primera República, después de 1853, se turnaron en el poder Santana y Báez con excepción de la vez que lo fue Regla Mota, y que lo fue Valverde en Santiago, hasta que el mismo Santana, siempre con su idea de que este país no podía sobrevivir como república independiente, consumó inconsultamente la Anexión.

Entonces vino la interrupción; se bajó la bandera dominicana y se izó la de la Madre Patria, y vinieron autoridades extranjeras. Ese hiato duró del 18 de marzo de 1861 al 14 de septiembre de 1863. Fíjense que yo no digo ni el 16 de agosto, de 1863, cuando comenzó la guerra de restauración, ni tampoco digo el 12 de julio de 1865, cuando se fueron las tropas españolas, sino el 14 de septiembre de 1863. ¿Por qué? Porque ese día fue cuando se instaló en Santiago de los Caballeros un gobierno dominicano. En ese momento renació la República. El 14 de septiembre es una fecha que en proyección nacional debiera recordarse más porque ese día volvió a nacer la República: una república combatiente, una república en campaña, pero la República. Nació ese día después de la toma de Santiago, del incendio de Santiago, y combatió para recuperar el resto del territorio, lo cual se logró en 1865.

Comienza una Segunda República en 1863. Esta república fue mucho más larga: duró 53 años, del 1863 a 1916 y fue siguiendo una evolución. En esta Segunda República se fue caminando desde una conciencia nacional débil hacia una conciencia nacional robusta, porque aún después de la Restauración volvió a haber movimientos muy serios para poner al país en condiciones de tutelaje; movimientos muy serios de gran alcance nacional. Esta Segunda República podemos dividirla hasta en 7 etapas:



tenemos, primero la Guerra de Restauración con sus consecuencias, con su crisis consiguiente, que duró hasta el 68, en que gobernaron Salcedo, Polanco, la Junta de Generales, Pimentel y Cabral. En el 68 comienza la segunda administración de Buenaventura Báez, que es el período que se llama “de los seis años”, un período durante el cual, por cierto, el padre del prócer que hoy recordamos estuvo preso en el Homenaje con grillos todo ese tiempo, en un calabozo que todavía se llama “el Peynado”.

Aquellos seis años en que se trabajó en términos muy firmes para otra anexión —ustedes saben— a los Estados Unidos, fue un período todo de guerra, un período en que hubo patriotas que se lanzaron a la manigua, Luperón, Cabral, etc., para evitar la muerte de la República. El trinitario Pedro Alejandrino Pina murió en plena guerra en Las Matas de Farfán.

Terminó este período en noviembre de 1873. Una revolución dirigida por Ignacio María González dio al traste con la dictadura de Báez. Ahí se inicia una etapa que pudiéramos llamar de los gobiernos liberales. Fue el momento en que gobernaron hombres como González, Espaillat, Luperón, Billini y Meriño. Es el período de los breves gobiernos liberales, inclusive el primero de Ulises Heureaux, quien identificado todavía con las ideas de Meriño y de Luperón, no se condujo tiránicamente.

Este período duró hasta 1886. En el 86 Heureaux cometió el fraude electoral que no permitió a Casimiro de Moya ser presidente. Tras la malograda revolución dirigida por el propio Moya volvió Ulises Heureaux a la presidencia, y desde entonces es cuando realmente ejerce el gobierno tiránicamente, desde el 86 hasta el 99, año en que quedó descabezada la tiranía. El 26 de julio de 1899 se inaugura nueva etapa: la crisis subsiguiente a la terminación de la tiranía; una crisis que duró hasta 1906. En el 6 cambiaron las circunstancias. Vino un gobierno de amplio apoyo nacional e internacional, con nuevas personas y buena dirección administrativa. Hubo paz. El de Ramón Cáceres fue un gobierno en que se inició el despegue de la República. Duró hasta el 1911. El 19 de noviembre vino el derrumbe vertical de aquella situación de esperanza, de aquel momento ascensional de la República. Cayó verticalmente el país hacia el abismo el 19 de noviembre de 1911, con la muerte violenta de Ramón Cáceres.

¿Qué viene después? Al período que sigue no se le puede llamar sino “el caos”, que duró hasta 1914. En el 14 hay elecciones, hay una presidencia constitucional; parecía que se había rebasado la crisis, pero qué va! Vino otra crisis a la que me voy a referir más tarde con más amplios detalles. Esta crisis remató en la intervención americana. Destituido el gobierno nacional por un gobierno ejercido por extranjeros vino el segundo



hiato institucional, que terminó en 1924. En el 24 la República nace de nuevo. Ese fue el momento en que hemos debido coger un rumbo definitivo hacia la realización de nuestro destino, el que estaba por hacer desde el 44; no fue así. Ese día volvió el viejo caudillo Horacio Vásquez a ser presidente: Fue un gobierno honorable no hay duda, un gobierno honorable y progresista, pero desgraciadamente suscitó el fermento consiguiente al afán del continuar y eso lo arruinó todo.

En 1930 se inicia un largo período que se llama La Era de Trujillo, y luego el período consiguiente al descabezamiento de la tiranía, una crisis que duró del 61 al 66 y que guarda una analogía impresionante con la crisis que subsiguió a la muerte de Heureaux. Ese sería tema no digo de una conferencia, sino de un libro: la analogía, punto por punto, entre una y otra crisis, subsiguientes a las dos verdaderas y características tiranías que hemos padecido

En 1966 se inicia la etapa que estamos viviendo ahora.

Señores, volvamos a 1914. Ahora me voy a referir realmente al tema de la intervención y de nuestra liberación del 12 de julio, que cumple hoy cincuenta años. En 1914 parecía que la crisis subsiguiente a la muerte de Ramón Cáceres había terminado: había habido elecciones, elecciones bien llevadas, y resultó electo uno de los dos grandes líderes que se compartían el panorama político de aquella época. Había triunfado Juan Isidro Jimenes Pereyra y había perdido al General Horacio Vásquez. Pero en realidad la crisis no había terminado; esa crisis que tuvo su origen en la muerte de Cáceres continuó; sus causas perduraron. En los turbulentos años 12, 13 y 14 hubo un fenómeno que se llamó "el desiderismo". Desiderio Arias, guerrillero de la Línea Noroeste, cobró gran fuerza en todo ese tiempo y la siguió teniendo aun después de la elección de Jimenes en el 14. En Desiderio veo yo el elemento que nos permite decir que la crisis continuaba.

El desiderismo fue cobrando mucha fuerza, en el curso de la crisis; parecía como que en él se conjugaba toda la fuerza política del jimenismo en aquella época. En 1913 vino a la capital con una guardia de 150 hombres, que alojó en los bajos del Palacio Arzobispal en los días en que el Presidente de la República lo era el Arzobispo Adolfo Alejandro Nouel. De este modo el presidente de la República, aquel bondadoso sacerdote Presidente de la República, quedó virtualmente convertido en un prisionero de Desiderio Arias.

Pues bien, en el año 14, el Presidente Jimenes nombró a Desiderio Arias Ministro de Guerra y Marina.



Vino a ser entonces el hombre que tenía en sus manos la fuerza armada, e hizo nombrar a sus comarcanos Mauricio Jiménez y Cesáreo Jiménez en los cargos de Comandante de la Plaza de Santo Domingo y Jefe de la Guardia Republicana, respectivamente.

En aquella época no había el cargo de Jefe del Ejército. Dirigía las fuerzas armadas el Ministro de Guerra, que podía ser un civil, pero de hecho el jefe del ejército lo era el comandante de la plaza de Santo Domingo, por estar aquí la mayor suma de fuerzas militares. Estas se componían de los diversos batallones: el Batallón Ozama, el Batallón Yaque, el Batallón San Felipe, etc.

Mauricio Jiménez y Cesáreo Jiménez eran hermanos de padre pero no eran parientes del presidente. Ellos eran Jiménez con “z”. El apellido del presidente terminaba en “s”. ¿Por qué? La explicación me la dió un nieto de Juan Isidro Jimenes, aquí presente. Es que ese apellido es de origen portugués. No se debe pues a influencia francesa, como se ha dicho.

Una vez instalado Jimenes en la Presidencia, comienza un “crescendo” de intrigas en torno a Desiderio, en torno a otros caudillos que se portaron con más prudencia, en torno a los diputados y senadores de la oposición, y llegó un momento en que se formó mayoría congresional para acusar al Presidente; una acusación injusta, totalmente injusta, nada más que por un designio político. Juan Isidro Jimenes era un gobernante honorable, patriota y buen cristiano. Sin embargo se vió envuelto en las redes de una acusación injusta como consecuencia del imperante desiderismo.

Un día de abril de 1916 se reunió el presidente con sus ministros y decidió destituir al Ministro de Guerra, Desiderio Arias, y a sus dos lugartenientes, y dictó el consiguiente decreto.

Ese fue el momento en que Desiderio Arias decidió sublevarse. Se atrincheró en la ciudad de Santo Domingo. En días pasados oí a un comentarista radial que hablaba de que Desierio le puso sitio a la capital. No, quien puso sitio a la capital fue el Presidente de la República. Desiderio estaba en la Fuerza, en la ciudad, y el Presidente Jimenes estaba en Cambelén, Sección de San Cristóbal, en una casa de veraneo de Monseñor Nouel, que en esos días estaba haciendo un recorrido por el interior, en visita pastoral que esta mañana recordó Monseñor Pérez Sánchez.

Entonces el Presidente Jimenes reúne fuerzas para someter a su destituido Ministro de Guerra y ocupar la ciudad. Viene pues la guerra,



viene el sitio. De Cambelén, pasó el presidente a San Jerónimo e instaló aquí su cuartel general.

Corría el año de 1916, un momento muy delicado para la situación mundial. Se había desencadenado la primera gran guerra. Los Estados Unidos estaban ya abocados a intervenir en ese conflicto, y tomaban sus posiciones en América. No podían tolerar que en este país hubiera nuevamente un estado de turbulencia. Había que aquietarlo. Y entonces ofrecieron su cooperación armada al Presidente Jimenes, para someter a Desiderio, ocupar la ciudad, terminar con la guerra y garantizar la paz. Es el momento en que Jimenes, que estaba siendo acusado por las Cámaras, hizo una cosa contrario a lo que tal vez hubiera hecho un presidente del siglo XIX de conciencia nacional débil, todavía embrionaria: él rechazó el ofrecimiento: “No quiero que un solo soldado extranjero me ayude, yo me basto a mí mismo. Acepto la ayuda financiera, acepto ayuda en armas, pero no acepto ni un solo hombre”.

Esta condición no pudo ser aceptada. Entonces las tropas extranjeras, la Infantería de Marina de los Estados Unidos, desembarca en nuestro país y le dirige su ultimatum a Desiderio Arias.

En aquel momento tuvo Desiderio Arias la oportunidad de cubrirse de gloria, si era que algún ideal patrio le animaba. No opuso sus armas al invasor ni tampoco aceptó la rendición. Optó por desocupar la Fuerza dejando muchísimas armas allí —dejó hasta la bandera del batallón— y huyó al interior del país licenciando a su gente.

Recuerdo vivamente una escena de aquellos días dramáticos: mi padre era el presidente del Ayuntamiento y en lo peor de la crisis fueron a mi casa don Pancho Peynado y don Federico Henríquez y Carvajal y mandaron a buscar al jefe rebelde. Este se presentó con sus lugartenientes los Jiménez y de los tres ciudadanos oyeron los tres hombres de armas una filípica como probablemente no se les había dicho antes. El muchacho de doce años que era yo en aquella época no captó bien lo tratado pero sí me parece ver a don Pancho paseándose de un rincón a otro de la sala de mi casa, como un león enjaulado, dirigiendo a los guerrilleros enérgicas palabras dichas en alta voz mientras ellos permanecían sentados y en silencio. También me parece oír la voz vibrante de don Federico recriminándoles su actitud y tratando de hacerles comprender su responsabilidad ante el pueblo y para el porvenir.

Cuando corría el plazo del ultimatum, Desiderio volvió a mi casa. Mi padre pensó que le iba a comunicar su decisión de oponer resistencia, siquiera simbólica, a las fuerzas invasoras que iban a entrar en la ciudad



pero lo que hizo fue pedirle cinco mil pesos para racionar las tropas y poder irse. Mi padre le contestó que el Ayuntamiento no podía disponer de ese dinero. Desiderio optó por abandonar la Fuerza y dejar que los soldados se abastecieran por sí mismos en los campos vecinos. Es el momento en que la ciudad queda desguarnecida, y es el momento en que el mismo gran patriota destinado a ser el prócer de la Tercera República se constituye en jefe de una policía de emergencia que él mismo organizó. Francisco José Peynado invitó a la juventud más consciente de la capital a que prestara servicios policiales, porque la Policía Municipal —entonces no era nacional— se había ido a unirse al presidente Jimenes en San Jerónimo. Su jefe lo era el general Miguel Angel Morillo.

Habiendo quedado la ciudad sin los guardianes del orden público, la Fuerza vacía, la cárcel vacía y todos los presos comunes pululando por las calles, incluso los condenados por asesinato y robo, en una situación tan caótica, era urgentísimo tomar aquella medida. Fue don Pancho —le voy a decir don Pancho porque es como me satisface, y no Francisco José Peynado. Es como le dije toda mi vida— quien salió de su casa y con aquella personalidad extraordinaria de que estaba dotado, se rodeó de oficiales y de jóvenes agentes improvisados, que fueron quienes hicieron el servicio de vigilancia en la ciudad en lo que se normalizaban las cosas.

Vino la intervención, y enseguida se produjo la protesta viril dominicana contra aquel acto de fuerza. (No puedo seguir dando detalles porque la hora avanza despiadadamente).

Fue elegido como presidente provisional el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, pero ésto vino a ocurrir en julio. Hubo una lucha muy grande entre el mes de mayo y de julio; no había presidente; fue mandado a buscar a Cuba. Viene don Francisco Henríquez y Carvajal, gran dominicano, sabio médico, patriota, con una historia ilustre ya en nuestro país, y se hace cargo de la presidencia de la República y es él quien tiene que enfrentar las exigencias del poder interventor. Este quería que hubiera reunión de constituyentes, que hubiera elecciones generales, que hubiera gobierno definitivo, pero que también hubiera un pacto por el cual la República quedara ligada a los Estados Unidos mediante el establecimiento de una misión financiera y de una misión militar, es decir, para que quedara mediatizada nuestra soberanía.

Pero el Presidente Henríquez se negó a todo lo que implicara una merma de nuestro honor nacional, de nuestra soberanía nacional.

Llegó el momento en que el poder interventor, dueño de las aduanas, dejó de pasarle al Gobierno la suma correspondiente a la recaudación aduanera. No se pagaron sueldos, no se pagaron servicios.



Don Pancho Peynado era el Ministro de Hacienda, y él decía:

“Yo estoy en la posición paradógica de un Ministro del Tesoro que no tiene tesoro a su disposición, ni un centavo para pagar nada”.

Al no ceder el Gobierno a las exigencias del poder interventor es cuando viene el 29 de noviembre de 1916 la proclama del Capitán Knapp, estableciendo un gobierno militar. Fue un hecho de voluntad unilateral. Aquí ningún dominicano se prestó para legalizar la intervención, ningún dominicano se prestó para crear un régimen de soberanía mediatizada; tuvo el poder interventor que actuar por propia cuenta, por voluntad unilateral, mediante una proclama militar, estableciendo un gobierno militar y la ley marcial, que debían sustituir al gobierno compuesto por dominicanos.

Este es un momento en que cabe hacer una comparación entre los países que en aquella época fueron intervenidos. El nuestro fue el único en donde el interventor no encontró a nadie que sirviera a sus fines, que se plegara a sus exigencias. Esto me hace pensar en una obra de un gran erudito haitiano Price–Mars. En esa obra se dice que en el curso de la vida de los países que comparten la isla, el país al cual él pertenece tuvo que enseñar muchas veces a nuestro pueblo a ser patriota en el siglo XIX. Alega - que en el suyo solamente había el ideal de independencia absoluta y en cambio aquí había tendencia anexionistas y protectoralistas que a Haití no convenía. Entonces los haitianos ayudaban a los independentistas radicales dominicanos en su lucha contra los menos patriotas.

En eso se basa Price–Mars para decir que el pueblo haitiano es más patriota que el dominicano; que los haitianos tuvieron que darnos lecciones de patriotismo a nosotros. Pero yo le respondo que la situación de uno y otro país era muy diferente. Haití no podía pensar en nación protectora, primero, porque no tenía ante sí un peligro externo, y segundo, porque para los haitianos no podía haber naciones protectoras sino esclavizadoras. En cambio nosotros teníamos la necesidad de una alianza para defendernos del peligro externo que constituía Haití y además las grandes potencias nos inspiraban confianza. Además, en el siglo XX los militares ocupantes estadounidenses encontraron en Haití a un Dartiguenave que se plegó a sus exigencias y por eso la intervención quedó allí legalizada y duró más del doble que la padecida por nosotros.

A la vista de estos hechos yo le hubiera preguntado cuál de los dos pueblos se ha conducido con más patriotismo; quién dió y quién no dió una lección de patriotismo irreductible; de qué lado estaba la Viña de Naboth, si de este o de aquel lado.



A raíz de la proclamación de Knapp y la instalación del gobierno militar vino la protesta del pueblo dominicano.

La primera expresión de esta protesta fue la de nuestro Ministro en Washington, Armando Pérez Perdomo. Aquí está su hijo.

Armando Pérez Perdomo fue al Departamento de Estado y entregó su nota de protesta y se retiró.

Después se formó, ya a la altura de 1919, cuando se iniciaron las conferencias de Versalles, la Comisión Nacionalista. El presidente de ella, el doctor Francisco Henríquez y Carvajal, a quien se llamó el Presidente *de jure* porque su salida de la presidencia había sido obra de un acto de fuerza, y *de jure* seguía siendo presidente, fue a Versalles y quiso hablar a Wilson y con el Secretario de Estado americano. Encontró las puertas cerradas. Yo le oí una conferencia en el Teatro Colón para relatar sus diligencias. Recuerdo que dijo muchas cosas que yo muchacho de pocos años, un adolescente, no entendí bien, pero recuerdo cuando dijo: “Fuí a Versalles, no me dejaron entrar por la puerta, pero me metí por la ventana.” Esa frase se me grabó en la mente.

Me parece ver a don Pancho Henríquez allí sentado con su levita cruzada, como se usaba antes, hablando a un público que no cabía en aquella sala del Teatro Colón, que existió hasta el día del ciclón.

En aquella época la Comisión Nacionalista trabajó. Aquí se realizaron colectas para permitir la campaña de la misión nacionalista. Hubo la Semana Patriótica; se recolectaron decenas de miles de pesos; no sé cuanto. Con eso pudo la misión nacionalista viajar, viajar a Europa, viajar a los Estados Unidos, viajar a Sudamérica, y emprender una campaña de prensa mundial contra la intervención. Todo el pueblo dominicano era uno en el esfuerzo; unos con más fe que otros.

Recuerdo también una conversación de un gran nacionalista, Enrique Henríquez, frente a otro que no se mostraban tan radical y que decía que la desocupación pura y simple era un sueño, una utopía. Entonces Enrique Henríquez le dijo: “Debemos insistir en ella porque me consta que los americanos sostienen la intervención en Santo Domingo como se sostiene un clavo ardiendo en la mano.” Expresión que yo niño le oí. No puedo evitar hablar en torno a lo que fue mi vivencia. Hubo otra persona que me va muy de cerca y quien dijo: “Hay que insistir, porque los americanos no resisten que se les diga una verdad cuatro veces”



Esa comisión trabajó y luchó. Estuvo durante un tiempo en Washington, pero llegó un momento en que los fondos faltaron. El pueblo dominicano ya había dado de sí todo lo que podía dar para auspicar las diligencias de aquellos nacionalistas. La Comisión tuvo que retirarse de Washington porque no tenía recursos para mantenerse allí.

Fue un momento muy serio. Cuando aquella Comisión dejó de trabajar en Washington, declinó muchísimo la campaña de prensa; declinó mucho por falta de dinero.

Señores: es el momento en que surge Francisco José Peynado. En ese momento crítico, en el año 21, es cuando Francisco José Peynado por propia cuenta va a Washington. El sabía que no podía exprimirse más dinero al pueblo dominicano. Por eso fue con sus propios recursos.

Desde muy joven se había distinguido Francisco José Peynado por la nobleza de sus sentimientos, por la brillantez de su inteligencia y por su valentía. Apenas alcanzada la edad del ciudadano manifestó su aversión al régimen tiránico de Ulises Heureaux y se incorporó a una conspiración para derrocarlo. Fue hecho preso y estuvo a punto de ser fusilado. Aprovechó el tiempo de su prisión para continuar con ahinco sus estudios de derecho. También se dedicó a alfabetizar a otros presos, entre ellos al famoso guerrillero Perico Lazala. Después de la caída de Heureaux se convirtió prontamente en uno de los abogados más competentes y prestigiosos de este país. Se mantuvo ajeno a las pugnas partidistas y sólo hizo acto de presencia en el terreno político o en el diplomático cuando lo movió alguna razón patriótica. En los primeros años del siglo se le vio siempre en la dirección de actividades civiles edificantes. Es famoso el discurso que pronunció como mantenedor en los Juegos Florales Interantillanos de 1915, que fue una profética advertencia respecto del futuro inmediato del país.

Muchas veces se confunde la riqueza con la generosidad. Hay personas que lucen ricas, pero en realidad es que son generosas. Esa era la clase a que pertenecía Francisco José Peynado, de relativa fortuna formada en el trabajo profesional. En aquel momento en que flaqueaban las fuerzas dominicanas para seguir la lucha por la recuperación de la soberanía es cuando él surge, vamos a decir providencialmente. Llegó a Washington por propia cuenta; a él no lo llamó nadie; a él no lo conocía Charles Evans Hughes, como dice un diccionario biográfico. El fue por propia cuenta, y se conectó con Charles Evans Hughes, el Secretario de Estado, porque se lo presentó el Senador Mc Cormick, uno de los cuatro que vinieron aquí a investigar los hechos de la intervención americana. Vinieron los senadores Pomerene, Mc Cormick, Jones y Oddy. Yo presencié los interrogatorios, y



parecía que lo más prudente era que las tropas de ocupación permanecieran en todo el territorio para evitar desórdenes.

Don Pancho sostenía la tesis de que podían reconcentrarse en uno sólo cerca de la capital; de que no hubiera soldados americanos sino en un solo punto, reconcentrados en sus cuarteles. Hughes resistía, hasta que don Pancho lo desarmó recordándole a Hughes algo que él había dicho cuando estaba discutiendo un conflicto, el detalle del conflicto no lo voy a decir. El caso es que en Asia había ciertos puntos ocupados por tropas japonesas y se trataba de que esas tropas japonesas desalojaran esos puntos. Los Estados Unidos estaban empeñados en eso. Y una de las razones que daba Hughes en aquella ocasión era que “la presencia de un ejército extranjero en cualquier país era siempre fuente constante de perturbaciones.”

Le dijo don Pancho: “Señor Secretario, me permito recordar lo que usted dijo en aquella ocasión, para que usted ahora se lo aplique”. Fue así como desarmó a Hughes y como éste convino en que los soldados de la intervención se reconcentraran en a lo sumo dos puntos del país.

Entonces vino la ejecución del plan. Ese plan de la desocupación contiene una serie de cláusulas que sería larga de leer en este momento.

Me voy a limitar a decir lo que no dice, que es lo importante. Es decir, a señalar la ausencia de las exigencias americanas que se venían reiterando desde tiempo atrás; desde el año 12. Por eso dice aquí, en este folleto, que en ese plan quedó eliminada en absoluto la misión militar, la que ya había en los otros dos países intervenidos, con o sin mando, en cualquiera de sus formas. Asimismo quedó eliminada en absoluto la Guardia de Legación; quedó eliminado en absoluto el Consejo Financiero; quedó eliminado en absoluto todo control sobre nuestra hacienda; quedó eliminada en absoluto la garantía subsidiaria de nuestras rentas internas para el servicio de la deuda; quedaron eliminadas en absoluto la convocatoria y dirección de las elecciones, por el Gobierno Militar.

Peynado consiguió que no fuera el Gobierno Militar quien convocara a elecciones, sino un gobierno dominicano provisional, como se hizo. Quedó eliminada en absoluto la presencia de tropas americanas cerca de las mesas electorales. Ese fue un punto muy difícil de conseguir. Quedó eliminada en absoluto la necesidad de que se aceptara contractualmente la imposición de técnicos por el Gobierno Americano. Quedó eliminada en absoluto la necesidad de ratificar todos los actos del Gobierno Americano que engendraron efectos jurídicos y un orden administrativo al cual se ajustara transitoriamente la vida de la nación.



Don Pancho decía: “Si aceptamos esta fórmula entonces estamos validando la proclama Knapp del 26 de noviembre de 1916 y eso no puede ser”.

De modo que a gestiones de Peynado sólo se aceptó lo que era inevitable, es decir, la validación de aquellas disposiciones del gobierno militar que hubieran implicado la creación de rentas, la erogación de fondos y la creación de derechos en favor de terceros.

De este modo quedaban eliminadas una serie de órdenes ejecutivas que no tenían ese carácter.

De no haberse aprobado la validación de esas órdenes ejecutivas en este país se hubiera producido un caos.

Aquí está la enumeración completa de las órdenes ejecutivas validadas, quedando fuera las no validadas; están los contratos en el orden administrativo: fomento, comunicaciones, agricultura, inmigración, interior y policía, sanidad y beneficencia y hacienda; están las órdenes departamentales, los contratos, las convenciones internacionales, etc. Todo eso tenía que ser ratificado necesariamente. Eran hechos que habían engendrado relaciones jurídicas. Si hubieran quedado desconocidos, en este país hubiera habido un caos cuyos efectos tal vez duraran todavía en litis que se habrían iniciado entonces.

Don Pancho vino de Washington con su plan en los bolsillos y lo mostró al pueblo. No voy a entrar en detalles de la lucha que libró para que el pueblo se diera cuenta que él traía algo compatible con el honor nacional y mejor que cualquier cosa antes soñada.

Se formó el gobierno provisional, presidido por Juan Bautista Vicini Burgos y comenzó a ejecutarse el Plan de Evacuación.

Vino el proceso pre-eleccionario y don Pancho Peynado, como lógica consecuencia de su hazaña, vino a ser un candidato presidencial; un candidato presidencial apoyado en el primer momento por la nación entera. Pero frente a él renacieron las intrigas de viejo estilo. Frente a él se levantó un partido tradicional, con su caudillo tradicional. Y a la hora de la prueba, a la hora de la elección, ¿quién ganó? ¿El patriota nuevo y superdotado que había ido a Washington a conseguírnos la libertad y la reposición de la bandera? No. Fue el viejo caudillo quien ganó la contienda electoral.



Fue el momento en que don Pancho dió un ejemplo que yo no sé si se ha repetido en este país. El acató el resultado de las elecciones y felicitó al candidato contrincante. Eso lo consigna Welles, Sumner Welles en su "Viña de Naboth". Este historiador dice que don Pancho Peynado, en su conducta como candidato vencido, dió un ejemplo para todos los países de la América Latina. Porque don Pancho, ante todo y sobre todo, por encima de ser el presidente, y por encima del derecho que le asistió para impugnar las elecciones, lo que él quería era que se cumpliera su Plan de Evacuación sin demora. El dió una lección que yo quisiera que aquí se aclimatara para bien de nuestro país: el saber ser candidato derrotado.

Habiendo llegado ya a la altura de la república restaurada, vamos rápidamente, para terminar, a ver qué hizo la intervención aquí.

Padecimos nuestra intervención; la más corta, la más corta de todas. Fue una intervención en que por primera vez ese gran poder interventor que fue los Estados Unidos, no dejaba su bandera en alguna parte del país intervenido.

Ellos intervinieron en Cuba, pero se quedaron en Guantánamo; intervinieron en Filipinas, y se quedaron poseyendo a Filipinas; intervinieron en Puerto Rico y se quedaron en Puerto Rico; intervinieron en Panamá y todavía está ahí la Zona del Canal. Pero de aquí se fueron en absoluto, por obra y gracia del esfuerzo patriótico unánime de todos los dominicanos dirigidos por sus líderes nacionales y por la pericia patriótica de Francisco José Peynado.

Durante la intervención americana hubo un gobierno militar. ¿Qué hizo de positivo? Algunas cosas indudablemente: pusieron mucho empeño en los servicios sanitarios, pusieron mucho empeño en los servicios educativos; también hicieron realizaciones en lo relativo a vías de comunicación, en organización presupuestaria y administrativa, en el saneamiento de las tierras.

Pero al lado de eso hubo algo negativo importantísimo: que no nos dieron ninguna lección ni ningún ejemplo de democracia; nosotros no vimos en los interventores una práctica democrática que se pareciera a la de su país de origen.

Quedamos tan atrasados como en tiempo de Concho Primo cuando se fueron. Eso lo previó en plena intervención otra persona que también me va de cerca. El 16 de agosto de 1918 en Santiago de los Caballeros dijo que las lecciones que nos estaban dando contra los derechos del hombre, una vez que ellos se fueran —que ojalá fuera pronto, dijo aquel orador—, lo que



iba a producirse en este país iba a ser el entronizamiento de un déspota o el reinado de la discordia. Fue un discurso profético ese el 16 de agosto de 1918 en Santiago.

Se puede señalar como consecuencia esta otra: hasta 1916 nosotros llevábamos nuestra vida republicana turbulenta; había lo que llamó Hostos el revolucionismo: un Estado armado frente a un pueblo armado; era fácil fomentar revoluciones de tipo conchoprimesco. Pero la intervención determinó, en primer lugar, el desarme del país. Todo el mundo quedó desarmado. Sólo el Estado tenía armas. Eso coincidió con un segundo factor: fue la época en que se desarrollaron grandemente las posibilidades bélicas de los Estados. Fue la época en que se comenzó a utilizar el avión como instrumento de guerra; en que se inventó el tanque, y en que se perfeccionó la artillería.

Entonces ¿qué resultaba? Que ya no se podían repetir las revoluciones de tipo antiguo frente al gobierno. Ese recurso quedó cerrado. Si vamos a llamar Concho Primo a ese estilo de vida, ahí murió Concho Primo. Si el Estado era la única entidad armada, entonces era el Estado el único que podía volverse contra sí mismo. Como consecuencia de la intervención, al revolucionismo clásico sucedió lo que ahora llaman “el golpismo”. Es una palabra que se ha puesto de moda pero que está bien fraguada. El golpismo es el medio por el cual el mismo Estado, con sus propias armas, trastorna las cosas. Eso sucedió en 1930. El llamado “Movimiento Cívico” no fue más que la fuerza armada del Estado al servicio de una ambición.

Señores, voy a terminar mis palabras recordando la visión que tengo grabada del 12 de julio de 1924.

Veinte años tenía quien les habla. Estaba con mi novia en el patio de la Fuerza. Ahí vimos en medio de un sol que daba duro sobre las cabezas, cuando a plena luz de ese sol el gran poder imperial de los Estados Unidos arriaba su bandera y en su lugar se subía la bandera dominicana. Vimos cuando aquel acto producía una explosión de alegría incomparable, una alegría tan grande —y eso lo conoce la juventud de ahora— como la del 19 de noviembre de 1961 en la calle El Conde, cuando terminó el largo dominio de una familia.

Pero lo que ahora quiero señalar es esto: en estos últimos años, en que grandes potencias imperiales han estado reconociendo la independencia de antiguas colonias en África, en Asia, en Oceanía, el ceremonial para el cambio de soberanía, sugerido seguramente por los sentimientos de orgullo de las antiguas metrópolis, consiste en un acto que se celebra a media noche. Cuando ya todo el mundo está en su puesto, se apagan las luces, se



hace la oscuridad más absoluta, no se ve nada. En ese momento baja la bandera del antiguo dominador y se sube la del nuevo Estado. Una vez en el tope del asta la del nuevo Estado se hace de nuevo la luz. Nadie ha visto bajar, nadie ha visto humillarse la bandera de la metrópoli que se retira.

Aquí en Santo Domingo el poder imperial interventor —quiero decirles esto como una última observación en honor de los Estados Unidos, que muchas virtudes tiene— no tuvo inconveniente en que se viera bajar su bandera a plena luz del sol.

Cuando yo, embargado por la emoción, la ví descender, le dije a mi novia: “Mira como un inmenso poder imperial se inclina ante la majestad del derecho”.

Muchas gracias, señores.

